

El Héroe Atómico

Cinthia Méndez

Image not found.

Capítulo 1

El Héroe Atómico

La mañana del 26 de septiembre de 1983, en lo que parecía ser un día normal de trabajo y, como parte del ejército de tierra, el diligente Teniente Coronel de las Tropas de Defensa Aérea Soviéticas, Stanislav Petrov, nunca imaginó que se convertiría en el personaje principal de lo que se llamaría después: *"El Incidente del Equinoccio de Otoño"* durante la terrible Guerra Fría.

Había sido puesto a cargo del búnker Sérpujov-15, o dicho de manera más clara, estaba a cargo del centro de mando de la inteligencia militar soviética, lo que, traducido todavía más al español, era desde donde se coordinaba la defensa aeroespacial rusa.

Su misión era una, pero una, de una gran envergadura. Él debía verificar y alertar sin pensarlo dos veces, de cualquier ataque a sus superiores en los altos rangos soviéticos, para posteriormente, dar paso al inicio del proceso de contraataque con armamento nuclear a los Estados Unidos. Una situación extrema para la cual estaba bien capacitado. Conocía el protocolo y los pasos a seguir al pie de la letra. O al menos, eso creía él, pues como dice el dicho: "No es lo mismo verla venir que platicar con ella". Una frase que se refiere precisamente a eso. La diferencia entre lo hablado o aprendido, y lo ejecutado; entre lo planeado y lo realizado; entre lo soñado y la realidad. Y ¿qué fue lo hizo tambalear la seguridad, la filosofía y las ideas de este fiel Teniente Coronel? El recibir el siguiente reporte militar:

—Teniente Coronel Petrov, según nuestro satélite OKO, un misil proveniente de Estados Unidos viene en dirección a nosotros.

Para alguien de su rango, el sueño de convertirse en héroe de su nación, debió visitarle más de una noche durante su niñez y, quizá, hasta pudo ser el impulso que lo llevó a enlistarse en el ejército. Sin embargo, jamás debió pensar que el momento de cumplir ese sueño compartido por muchos, pero logrado por pocos, estuviera marcado a ambos lados del camino por sangre. Sangre de inocentes que ignoraban lo que estaba a "nada" de ocurrirles. Él podía verlo en los rostros de quienes lo observaban en espera de acatar cualquiera que fuera su orden. El peor Apocalipsis Atómico que la humanidad pudiese sufrir en la historia, se asomaba a la distancia de las palabras que estaban a punto de salir de su boca. Pero las contenía. Porque su cerebro había generado demasiadas preguntas en su cabeza para tan corto plazo de tiempo, y no le bastaba tomarlo de improvisto, sino que también, las acompañó de dudas que, por

primera vez, nublaron sus convicciones más firmes. Pues podría ser, que hacer lo correcto representase romper más de un juramento, despojarse de su grado, de su honor y de sus insignias. Como también podría significar, arriesgarlo todo para darse cuenta después que tomó la decisión incorrecta y para ese momento, ya sería demasiado tarde para remediarlo y arrepentirse no serviría de nada.

Esa era el tipo de situación en donde la moral, inevitablemente, se vuelve doble, debido al peso de las consecuencias. No hay terror más grande para una persona, que aquel que siente cuando se da cuenta de que la vida o la muerte de millones de personas depende sólo de ella. ¿Cómo se puede continuar viviendo con ese peso en la conciencia, mientras quienes sólo acatan instrucciones se lavan las manos y la conciencia, convenciéndose a sí mismos de que su servicio es acatar las órdenes de su superior? Pero la interrogante más importante de todas, en ese instante, era: "¿tenía Stanislav las cualidades que se necesitaban para ser un héroe?". Contaba con apenas minutos para tomar la decisión más importante de su vida para demostrarlo. Con la presión sobre su espalda y el sonido del reloj en su cabeza, su conciencia debió convertirse en el moderador que abrió un debate en su interior, en el cual lo lanzó a exponer sus puntos de vista y convicciones para discutir contra sí mismo, intercambiando argumentos entre su lealtad, su moral y su humanidad. Su "yo" interior, tuvo que haberse partido en dos el alma para cerrar con la conclusión correcta. Entonces, ¿Cómo supo hacia dónde inclinarse la balanza de su corazón? Hacia donde una idea que se incrustó como flecha en su mente, le dio por fin, una visión clara de la situación.

—¡Es un error!—exclamó, ante la mirada perpleja de todos —No tiene sentido que Estados Unidos nos ataque con un sólo misil —pero poco después, los ordenadores indicaron que cuatro misiles más se dirigían hacia la URSS.

—Teniente Coronel debemos dar aviso.

Le insistieron, pero Petrov se mantuvo firme porque conocía bien las peculiaridades del sistema satélite OKO de alerta temprana rusa y creía que quizá, este podía equivocarse.

—Aun, así —les insistió —Son sólo cinco misiles, cuando Estados Unidos tiene miles. Vamos a esperar un poco más —fue su orden y faltó a su deber de comunicar el dato a sus superiores, a sabiendas de lo que eso significaba.

Por suerte, para él, se descubrió que era una falsa alarma causada por una rara conjunción astronómica entre la Tierra, el Sol y la posición específica del satélite OKO. Cuando los altos mandos se enteraron de lo

sucedido le preguntaron por qué no había dado la alerta, y él contestó:

—La gente no empieza una guerra nuclear con sólo cinco misiles.

Pero esa no era una respuesta que valiera lo suficiente para apaciguar la vergüenza que les había producido este incidente a los altos cargos soviéticos. No bastaba para aquellos responsables de la disciplina militar, quienes consideraron que el Teniente Coronel Petrov se había equivocado en su decisión porque su deber era notificarles la situación y dejar que ellos fueran los que tomaran la decisión final. Pero como había evitado una tragedia de magnitudes inimaginables, dijeron que no le castigarían, pero le degradaron a un puesto inferior y ordenaron de paso, ocultar el incidente. Al final, si fue un castigo y muy injusto, pero Stanislav lo recibió con honor en su corazón, como un sacrificio que valía el precio de las vidas que acababa de salvar. Esas incontables vidas, no tenían precio.

"*La Heroicidad*", describió el polifacético escritor español, Pedro María de Olive:

"Es la cualidad, la virtud, el carácter propio de héroe, es decir, la grandeza del alma, la generosidad, la sublimidad que inspiran los altos pensamientos; produce los bellos sentimientos, ejecuta acciones superiores dignas de admiración y respeto"

Tuvo que haber grandeza en el alma de Petrov; tuvo que haber generosidad y amor al prójimo para evadir una orden al confrontarla con sus consecuencias. Debió haber sublimidad en un nivel elevado en la escala de sus valores morales, así como intelectuales. Debió ser una persona, que, aun siendo educada en el ejército, no se privó de los bellos sentimientos de la vida que lo llevaron a ejecutar una acción digna de admiración y respeto. No todo en esta historia es inteligencia.

Como aquel profeta sin honra en su propia tierra y entre los suyos; sin considerarse así mismo, a pesar de todo, un héroe; cuando llegó el momento y Stanislav sintió que su ciclo en el ejército se había cumplido, se retiró y pasó sus últimos días como pensionista en Friázino, Rusia. Aunque fue degradado en lugar ser condecorado y ni su país, ni el ejército al cual sirvió le dio una medalla para inmortalizar su heroísmo, si fue honrado en su país enemigo al viajar a Estados Unidos, donde recibió dos premios y fue homenajeado en las Naciones Unidas. El senado australiano también lo honró y Alemania lo premio por su contribución a la paz mundial e incluso se hizo un documental que relata su hazaña, pero su mayor reconocimiento siempre será que el resto de nosotros lo consideraremos por generaciones como: "El Hombre que salvo al mundo"